

Mirla Alcibíades
(Compilación, presentación y notas)



Ensayos y polémicas
literarias venezolanas
1830-1869

3

ANÁLISIS DEL CANTO A JUNÍN POR J.J. OLMEDO⁴

POR SIMÓN CAMACHO⁵

Colombia había conquistado su libertad. Sus tropas victoriosas bajo el mando del general Bolívar habían arrojado de su territorio a los tiranos españoles. Pero aún gemían los peruanos: aún hacía oír sus rugidos espantosos el terrible león de España en el país de los desgraciados Incas; y no era de Bolívar adormecerse en el reposo, cuando arrastraba en pueblo hermano la ponderosa cadena de la esclavitud. Cubierto de laureles, rodeado de gloria, se dirige al frente de sus bravos compañeros de armas hacia el Perú, con el designio de arrojar también de allí al antiguo vencedor de

- 4 En *El Venezolano* (Caracas, N° 43, abril 19 de 1841: 3-4). Para mayor precisión, recordemos que el título del poema es «La victoria de Junín. Canto a Bolívar». Las alteraciones a los títulos de las obras impresas eran habitual en esos días. Un planteamiento muy socorrido en el período encuentra eco en esta reflexión al exponer que la literatura de la América Hispana es «parte de la española».
- 5 Simón Camacho (1824-1882). Junto con su hermano Juan Vicente (1829-1872) constituyen nombres fundamentales para nuestra historia literaria. El texto que reproduzco lo escribió a los 17 años en la clase de Juan Vicente González, mientras cursaba el último año de educación media en el Colegio de la Independencia, que fundara Feliciano Montenegro Colón. Puede decirse que con este escrito se dio a conocer en el panorama de nuestras letras. Su nombre hace parte, además, de nuestra historia comercial: como agente en los EE.UU. introdujo en Venezuela, entre otros productos, las máquinas de coser Singer. El nombre de Teresa Carreño está vinculado con el suyo; algunos datos referidos a su relación con la pianista y con su padre, Manuel Antonio Carreño, los expongo en mi trabajo de 2005, en especial en las páginas 34, 35 y 111.

toda Europa, cuyas últimas boqueadas hacían estremecer a las nacientes poblaciones americanas. Triunfantes en todos los encuentros que tuvo con los españoles, él hace tremolar el pabellón tricolor al lado de Iris en los hermosos campos de Junín.

La acordada cítara de Olmedo celebró de un modo digno las ilustres proezas que en esta jornada ejecutaron los colombianos unidos a los hijos del Sol; consagrándoles un canto el más bello de que pueda gloriarse nuestra naciente poesía. Este canto será el objeto de mi análisis.

Fluida y correcta versificación; ideas en alto grado poéticas; viveza; energía; fuego en la expresión; pensamientos sublimes, presentados con sencillez inimitable; y una multitud de cualidades inapreciables de que abunda el Canto a Junín, colocan a Olmedo en el número harto corto de los buenos poetas líricos de que puede envanecerse el parnaso español.

Con un bellissimo símil entre el rayo y la espada de Bolívar, principia su composición imitando a Horacio* cuyo pensamiento extendió, hermoseándolo.

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbante se dilata
Por la inflamada esfera
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Es tanto el placer que nos causa la lectura de estos versos, escritos con el entusiasmo poético que exige un canto heroico, que admirando sólo las bellezas que contienen,

* Cælo tonante credidimus Jovem. Regnare (Libro 3º oda 5ª).

no hacemos caso de un asonante que mezclado con el consonante, en este y en otro pasaje que luego citaremos, pudiera parecer defectuoso a algún crítico severo.

Por medio de sonidos ásperos al oído como la combinación de *erres* del verso primero, logró el poeta formar un sonido imitativo que nos hace oír, por decirlo así, la caída del rayo.

El estado de agitación en que se supone el poeta lírico, más fácil de concebir que de explicar, está descrito con maestría.

Quién me dará a templar el voraz fuego
En que ardo todo yo. Trémula, incierta.
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discorde son. ¿Quién me liberta
Del Dios que me fatiga?.....
Siento unas veces la rebelde musa
Cual bacante en furor vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
O sola por las selvas silenciosas
O las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas.
Otras al vuelo arrebatada tiende
Sobre los montes: y de allí descende
Al campo de Junín: y ardiendo en ira
Los numerosos escuadrones mira,
Que el odiado pendón de España arbolan
Y en cristado morrión y peto armada,
Cual amazona fiera
Se mezcla entre las filas la primera
De todos los guerreros,

Y a combatir con ellos se adelanta
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tan solo puede compararse estos versos divinos con los mejores de Herrera.

La descripción que hace de Bolívar es viva y animada. Sería éste el mejor pasaje del canto si no hubiese en él un pequeñísimo lunar, si así puede calificarse el no seguir la voluntad caprichosa de los poetas que no admiten un asonante en una composición escrita en consonantes. Pero ¿quién podrá notar esta levisima falta entre tantas bellezas, entre tantos aciertos?

El ruido y confusión de la pelea están pintados con tanta naturalidad, que oímos el bote de las lanzas, el relinchar de los caballos, el silbo de las balas.

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando
Y el son de las trompetas clamoroso
Y el relinchar del alazán fogoso,
Que erguida la cerviz y el ojo ardiente
En bélico furor salta impaciente
Do más se encrúelece la pelea;
Y el silbo de las balas que rasgando
El aire, llevan por doquier la muerte;
Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros
Que al Sol reflejan sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos,
O en torrentes de sangre arrebatados,

Y el violento tropel de los guerreros
Que más feroces mientras más heridos.
Dando y volviendo el golpe redoblado
Mueren, mas no se rinden..... Todo anuncia
Que el momento ha llegado,
En el gran libro del destino escrito,
De la venganza al pueblo americano,
Y de mengua y baldón al castellano.....

A un cuadro guerrero tan bien delineado como éste, escrito con locución elevada y enérgica, sabe oponer Olmedo otro apacible y voluptuoso de expresión sencilla en versos suavísimos que forman un hermoso contraste con los anteriores.

¿Son estos los garzones delicados
Entre sedas y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?
Sí: que los que antes desatar no osaban
Los dulces lazos de jazmín y rosa
Con que amor y placer los enredaban,
Hoy ya con mano fuerte
La cadena quebrantan ponderosa.....

Hasta aquí el plan que ha seguido el poeta es sencillo, natural, poético. Canta los héroes que defendieron la libertad de la patria en el campo de Junín, refiriéndonos la batalla, celebrando la victoria. Pero él quiso celebrar también el triunfo obtenido en Ayacucho por el gran Mariscal, y para no interrumpir la unidad de acción, se vale de la aparición del inca Huaina Cápac, que une los campos de

Ayacucho y Junín: idea ingeniosa, como dice A. Bello, que sirvió al poeta para presentar a Bolívar en todo su esplendor. Y acaso (sólo por cumplir con el deber que se me ha impuesto) ¿podiera decirse que hubiera sido preferible no añadir nada a la pérdida que sufrió el orgulloso español en las llanuras de Junín? ¿En canto no hubiera quedado así más perfecto? Suponiéndose el poeta lírico sumamente agitado y siendo de corta duración los fogozos movimientos del corazón humano, debe ser también corto el canto en que se desahogue el vate. De lo contrario resulta, como desgraciadamente le sucedió a Olmedo, que la continuación del canto se funda en las palabras y no en los pensamientos, cual debiera.

Pero son tantas las bellezas de este segundo canto (así podemos llamarlo) añadido al primero, que nos olvidamos de que no debían colocarse los dos en una sola composición, y llenos de entusiasmo perdonamos al poeta esta falta.

Está magníficamente descrita la aparición del Inca.

Cuando imprevisto veneranda sombra
En faz serena y ademán augusto
Entre cándidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto
Pende: y su diestra aéreo cetro rige
Su mirar noble pero no sañudo
Y nieblas figuraban a su planta
Penacho, arco, carcaj, flechas y escudo.
Una sombra de estrellas
Glorificaba en derredor su frente
Y la borla imperial de ella pendiente.

Descúbrese la tierna melancolía de Garcilaso en el discurso que dirige a las tropas vencedoras; y acertó Olmedo a dar a Huaina Cápac la sencilla voz de los inocentes y hospitalarios Incas. Sobre todo merecen particular atención, aquellas ternísimas palabras con que lamenta las desgracias que causaron a su pueblo los fieros y sanguinarios españoles. Los tristes recuerdos que ellas encierran expresados patéticamente, las quejas en que prorrumpe por la muerte de sus hijos amados, víctimas de la sed insaciable de riquezas que dominaba a los derramadores de la sangre inocente del cándido americano, enternecen al corazón.

No hay punto en estos valles y estos cerros
Que no mande tristísimas memorias.
Torrentes mil de sangre se cruzaron
Aquí y allí: las tribus numerosas
Al ruido del cañon se disiparon:
Y los restos mortales de mi gente
Aun a las mismas rocas fecundaron.
Mas allá un hijo expira entre los hierros
De su sagrada majestad indignos.....
Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso rey los asesinos.....
¡Tantos horrores y maldades tantas
Por el oro que hollaban nuestras plantas
Y mi Huáscar también..... Yo no vivía!
.....
.....
Y nuestro suelo que ama sobre todos

El Sol mi padre, en el estrago fiero
No fue, ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero.

El intrépido Miller, el valiente La-Mar, Córdova, el
bravo Córdova, que supo infundir terror a las aguerridas
huestes españolas, cuando apenas principiaba a lucir su ru-
bio bozo..... y ¡oh!

Si tanta gloria
Algún desliz fatal no oscureciera.....

¡con qué pinceladas tan vivas los ha retratado Olmedo!

Para expresar la furia que se apoderó del español al
verse derrotado por un puñado de americanos, emplea el
poeta ecuatorial vigorosas expresiones fuertes, vivísimos,
indestructibles colores. El español recuerda sus pasadas glo-
rias: firme y feroz resiste; pero de nada

Le sirve: cede al ímpetu tremendo
Y el arma de Bailén rindió, cayendo
El vencedor del vencedor de Europa.
Perdió el color, mas no las iras pierde,
Y en furibunda zaña el polvo muere,
Alza el párpado grave y sanguinosos
Ruedan sus labios y sus dientes crujen:
Mira la luz: se indigna de mirarla:
Acusa, insulta al cielo; y de sus labios
Cárdenos, espumosos
Votos y negra sangre y hiel brotando
En vano un vengador, muere invocando.

Son éstos sin disputa los mejores versos del canto, la
pintura del furor hecha por Virgilio es la única que acaso
pueda ponerse en parangón con ésta, que sin rivales cam-
pea y campeará por mucho tiempo, si no por siempre, en el
parnaso español.

El cántico de las vestales es una obra maestra en aquel
género de poesía: respira suave tranquilidad, sus versos tie-
nen una apacible armonía que enajena el ánimo.

¿Y qué diré de aquella entrada triunfal de las tropas
victoriosas en la ciudad de Lima? Para concluir el grandioso
cuadro que en su fecunda imaginación había trazado el
émulo de Herrera, era preciso que en medio de aromas y
perfumes, entrase el vencedor conduciendo el pabellón pa-
trio, cargado de los despojos de España. Olmedo lo hace
con su acostumbrada maestría. Su musa conduce como por
la mano al inmortal Bolívar, atando a su carro victorioso

Humildes confundidos
Los pueblos y los jefes ya vencidos.

Pero era preciso que no ardiese en el pecho de Ol-
medo el fuego patrio, para que se contentase con referir
solamente que el español había sido vencido: él nos señala
uno por uno todos los pueblos que cayeron bajo el poder de
la patria: él nos dice que

Allá precede el Ástur belicoso;
Allí va el Catalán infatigable;
Y el agreste Celtíbero indomable,
Y el Cántabro feroz que a la romana
Cadena el cuello sometió el postrero,

Y el Andaluz liviano
Y el adusto y severo Castellano.

Concluyose el orgullo español, y

Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;
Y las que antes graciosas
Fueron honor del fabuloso suelo,
Ninfas del Tormes y el Genil en duelo
Se esconden silenciosas;
Y el grande Betis viendo ya marchita
Su sacra oliva, menos orgulloso
Paga su antiguo feudo al mar undoso.

Así concluye Olmedo su composición. Mil veces digno de elogio por haber dado a la posteridad un canto en que inmortaliza algunos de los grandes hechos de aquel a quien debemos la libertad. ¡Quiera el cielo que se aprecie su canto cual merece, y que no tenga la suerte del héroe que celebra!

Colegio de la Independencia, marzo 20 de 1841.